

LA IDENTIDAD EN BÚSQUEDA DE UN PATRIMONIO EN LOS ESPACIOS TURÍSTICOS

IDENTITY IN SEARCH OF A HERITAGE IN TOURIST AREAS

*Henrique Urbano**

Facultad de Ciencias de la Comunicación, Turismo y Psicología

Recibido: 31 de octubre de 2012

Aceptado: 07 de noviembre de 2012

RESUMEN

No son pocos los autores que, al resaltar los restos patrimoniales de una cultura o de un lugar, se alargan en consideraciones sobre la identidad de sus propios pueblos o comunidades. El hecho, se volvió un lugar común. Y a la primera ocasión, en un simple informe de hallazgo de unas piedras o de un rico yacimiento con misteriosas formas mal alineadas, se envuelven esos preciosos elementos con un novedoso discurso acerca de las raíces profundas de la sociedad y su entorno. Identidad es la palabra mágica que da sentido al discurso. Son estos estrechos lazos entre identidad y patrimonio que me propongo analizar en el terreno algo resbaladizo de las prácticas turísticas.

Palabras clave: Identidad, patrimonio, turismo.

ABSTRACT

There are not few authors who highlight the archaeological heritage of a culture or a place, lengthen on considerations about the identity of their own peoples or communities. The fact became a common place. And at the first opportunity, in a simple report of finding a few stones or a rich deposit with mysterious misaligned shapes, these precious items are wrapped with an innovative discourse about the deep roots of the society and its environment. Identity is the magic word that gives meaning to the discourse.

They are these close ties between identity and heritage which I intend to analyze in the somewhat slippery slope of tourist practices.

Key word: Identity, archaeological heritage, tourism

EL PATRIMONIO COMO RECURSO IDENTITARIO

Es uno de los temas más frecuentes en la literatura reciente sobre patrimonio. De una manera general, se presentan bajo la forma de simple afirmación de lazos, casi implícitos diría yo, entre los dos conceptos. De suerte que de esa naturalidad del discurso rebasa la idea de que la identidad chorrea por todos los poros del patrimonio. A veces con expresiones un tanto superficiales, me atrevería a decir «gruesas», en otras con el análisis denso de una demostración histórica o arqueológica.

Daré un ejemplo. Desde hace un tiempo, la promoción de un sitio arqueológico, ubicado al norte de Lima (Perú), llamado Caral, despertó mucho interés por la antigüedad de sus restos. Remontan esos paisajes a una muy antigua civilización que paseaba sus gustos y formas entre la costa del Pacífico y las tierras cercanas del interior, lo que llevó a los expertos investigadores a reflexionar sobre la «identidad peruana» de esos antiguos pobladores. Esos pueblos pueden ser comparados históricamente con las civilizaciones antiguas de Mesopotamia y tierras de Ur, lo que les da una respetable antigüedad. Sea lo que fuere de todo ello, lo cierto es que el discurso arqueológico que subyace a tan admirable descubrimiento que el arqueólogo Engels inició en la década de los años 40 del siglo pasado, enveredó por una afirmación identitaria que no parece cuajar con la realidad social e histórica que proclama. O por lo menos en el caso específico de un estrecho lazo entre la identidad nacional y las culturas milenarias de la costa del Pacífico.¹

¹ Me refiero a la publicidad en torno a Caral propalada por Ruth Shady y su entorno. Si Caral es muy importante y desempeña un papel preponderante en las civilizaciones urbanas es una cosa; la otra es que ese hecho histórico pueda servir para inflar un sentimiento patriótico que obviamente es ajeno a la existencia de esa civilización.

EL DISCURSO DEL TIEMPO, ARGUMENTO IDENTITARIO

Hay un primer acercamiento al tema que se desliza de la afirmación identitaria. El argumento parece obvio para aquellos que lo emplean. Se trata de un presupuesto o de un razonamiento implícito que se podría enunciar de la siguiente manera: existe un discurso del tiempo en forma continua que establece un puente entre las antiguas civilizaciones y el presente estado-nación. Utilizando el anterior ejemplo de Caral, llegaríamos pues a la conclusión de que Caral o la cultura definida como origen de asentamientos urbanos que ese sitio representa es un argumento identitario en la medida en que el Perú contemporáneo –estado-nación– asume ese pasado y lo emplea como suyo.

Ignoro si, por ejemplo, Irak usa a las primeras ciudades mesopotámicas para desarrollar un discurso que congregue la sociedad actual iraquí en torno a un símbolo histórico. El caso de Israel es ejemplar. Israel explota al máximo la tradición bíblica para proclamarse como estado-nación y crear una conciencia nacional, dentro de los cánones de una línea inconsútil en el tiempo entre la ciudad de Ur, abandonada por Abraham, y el inicio de la cultura judía. Estos ejemplos nos pueden ayudar a comprender mejor el sentido de la búsqueda de los lazos que atan el patrimonio con el concepto de identidad. La línea de discurso del tiempo es fundamental.

EL PATRIMONIO COMO ESLABÓN EN LA CONSTRUCCIÓN DEL ESPACIO DE LA MEMORIA

Pero uno de los embustes del patrimonio, en particular los del patrimonio arqueológico, es la memoria. En muchos casos, la ausencia de tradición oral abandona a las piedras la capacidad de definir un espacio y un tiempo más o menos indeterminado y azaroso. No en todos los casos, es cierto. Pero en un buen número, lo que esos muros y piedras guardan es muy reservado. De ahí los riesgos de atribuirle una memoria y de hacerlos hablar. Retomando el caso Caral, la memoria que esos espacios guardan difícilmente expresan la conciencia de los pueblos que los construyeron. Emplearlos empero en la construcción de una memoria orientada a la definición de un estado-nación históricamente definido es temerario.

En ese sentido, se pueden mencionar dos perspectivas, la que privilegia la construcción de la memoria en base al hombre abstracto, y la que privilegia el hombre histórico, concreto de una sociedad en particular, de un estado-nación o de un grupo. Sirve la primera para hablar de la humanidad, mientras la segunda para ubicar al hombre en el tiempo y dotarlo de identidad específica, espacialmente determinada. Ésta es la gran preocupación de Maurice Halbwachs en sus estudios sobre la memoria familiar y social; aquella la de los ideólogos de la razón, filósofos de la modernidad. No se contradicen los dos, aunque el patrimonio como fundamento de una memoria específica y patrimonial de una sociedad contemporánea o estado-nación pueda no corresponder a su capacidad de enunciar un discurso identitario de corte nacionalista.

Uno de los ejemplos más llamativos en lo que se refiere al papel de la memoria en la construcción de un patrimonio con fines identitarios de corte republicano es el de Francia. Hace unos años, se publicaron varios tomos en que se reunían los estudios de una pléyade de intelectuales bajo la dirección del historiador Pierre Nora. El título era muy significativo: *Lieux de mémoire*.² Y se puede decir que en ellos se desarrollaba una amplia reflexión histórica sobre lo que era la memoria patrimonial francesa. Sabido es que la tradición ideológica francesa en estas materias es rica y variada. Como reza el título de Pierre Nora, uno de los objetivos era precisamente inventariar los «lugares ideológicos» de construcción de un discurso nacional.³

PATRIMONIO Y MEMORIA EN EL CONTEXTO DE LA MODERNIDAD

Del anterior bosquejo de los temas comprometidos en un discurso patrimonial orientado hacia la afirmación de la identidad –memoria y patrimonio y patrimonio e identidad– induzco algunas orientaciones que me guiarán en la ubicación de la discusión en un contexto al que llamaría,

² Sous la dir. De Pierre Nora, *Lieux de mémoire*, I-II-III, Paris, Gallimard, 1997.

³ En un libro bastante crítico sobre la historiografía francesa, Marcel Detienne llama la atención para la dimensión ideológica de la «identidad nacional», expresión generalizada en Francia en el siglo XIX. Es curioso que los primeros intentos de definición de la «identidad» nazcan en el espacio de la policía que trataba de «identificar» y tener bajo control a los criminales. Marcel Detienne, *L'identité nationale. Une énigme*, Paris, Gallimard, 2002.

simplificando las cosas, espacio de la modernidad. No es fácil definirlo en pocas palabras. Sin embargo, se puede afirmar que, de una manera general, el discurso de la modernidad intenta sustraer al espacio de la subjetividad el peso de la afirmación identitaria. En otras palabras, es preocupación constante de los filósofos de la modernidad poner entre paréntesis los resabios de un subjetivismo contrario a la razón. Lo que los llevó a sospechar de la influencia posible del sujeto o del yo en la construcción de un discurso, cualquiera que fuese su espacio expresivo.

Asimismo, otra preocupación del discurso de la modernidad es precisamente la de evitar que la tradición impusiera a la razón su lógica e impidiera que ella llevase a cabo su imperio. En el razonamiento clásico de un moderno, la tradición era sinónimo de obstrucción del ejercicio racional del hombre. Y por lo tanto de alguna manera, invocar el patrimonio era caer en el juego de la tradición por razones obvias, o sea porque introduce un elemento de juicio ajeno a la razón. Este es uno de los problemas que la sociedad contemporánea vive con más pasión, porque numerosas son las ocasiones en que las dos, tradición y razón, se cruzan y disputan un mismo espacio. Y una de las consecuencias del discurso de la modernidad sobre el espacio ideológico de la tradición es la de cambiar radicalmente las reglas de juego simbólico. Por un lado, alejar la tradición del campo del saber científico; por otro lado, ubicarla en los modos no críticos de conocimiento.

Arrollados por la ola crítica de la modernidad, la memoria y el patrimonio se refugiaron en los espacios discursivos alejados de la innovación y del cambio. Y cada vez que se recordaban los principios míticos o históricos de la tradición era para afirmar una autoridad olvidada o una manera de ser que valía por el hecho que reiteradamente nos orienta hacia un principio cuyas raíces el propio tiempo ignoraba. El tiempo les daba razón; la razón no los justificaba. Su hábitat se volvió zona de refugio y en ella no pocos credos religiosos hicieron sus nidos. La sacralización de la Tora es un ejercicio continuo de la tradición; el Corán un canto mil veces repetido del Profeta; el Evangelio, un acto de innovación dentro de los parámetros de la economía de salvación de la Alianza antigua.

PATRIMONIO E INDIVIDUO

En el discurso de la razón que caracteriza la modernidad, emerge el individuo como sujeto no de pasiones, sino de juicios y razonamientos. Lo define la capacidad de elaborar conceptos y de discurrir con argumentos. El individuo no se ahoga en la razón, sino en lo concreto que ella anuncia universalmente. Sin embargo, es en lo concreto que existe la posibilidad de diferenciarse a través del tiempo y del espacio, *hic et nunc*. En este caso, la tradición puede prestarle su manto. La experiencia de vida saca al individuo de la universalidad de la razón y deja que él sea individuo con su persona y estilo propio.

Es cierto que el individuo llega a una sociedad o grupo con una historia. Y en su bagaje carga un patrimonio tanto biológico como cultural. No sale de la nada y tampoco se pierde en ella. Sin embargo, ese patrimonio no es asumido, en los tiempos de la modernidad, como norma o como modelo. Todo lo contrario, la razón que universaliza el individuo proporciona también la posibilidad de crear o de construir en su propio espacio y de ser dueño de su propio tiempo.

Quizá una cierta perspectiva sociológica de corte funcionalista insistió demasiado en la importancia de los valores y normas para definir los grupos, a fin de darles el peso social que se necesita para la construcción de la sociedad, siendo ésta no la suma de individuos sino de grupos que comparten un mismo destino. Al insistir empero en la capacidad del individuo de asumir su rol y la definición que el grupo le da, una sociología de corte funcionalista sustraía al individuo gran parte de su capacidad de *recrear* su propio universo y de mostrarlo como caso único y específico.

INDIVIDUO E IDENTIDAD

Del juego entre individuo y racionalidad en un contexto de modernidad, se desprende otro tema cuya importancia para la comprensión de los hechos anteriormente inventariados nunca es demasiado señalar. Se trata, en menudas palabras, de explorar el proceso que ata el individuo al desarrollo de su identidad. Hay varias maneras de hacerlo, todas ellas difíciles, complejas. Y sobre todo arriesgadas. Se entremezclan en esa bahía aguas venidas de varios riachuelos. Sin embargo, hay que distinguir en ella lo que le permite modelar

varias formas y sentir el peso de la corriente principal. Es una manera metafórica de hablar de identidad en un mundo volátil, o como diría Bauman, líquido. A eso voy ahora.⁴

Una de las características de las sociedades contemporáneas es el cambio a que ellas se someten tanto por los grupos que las constituyen como por los valores y normas que las rigen. Las masas son móviles y cambiantes y los grupos no siguen patrones de conducta rígidos. Solicitados por un sin número de bienes puesto a su alcance, los individuos que los componen, van asumiendo distintos roles y funciones. Sin embargo, es el individuo que se enfrenta solo con sus deseos y valores a los de la masa cada vez más heteróclita y mutante. En ese sentido, las conductas se van aislando y alejando de una norma bien definida y de una visión del mundo coherente y estructurado que las oriente y defina. A eso hacía referencia Bauman con el adjetivo «líquido» tratando de encontrar la definición justa de las conductas, normas y valores de la sociedad contemporánea.

Ahora bien, siendo ese el patrón de conducta del individuo contemporáneo, la identidad que él busca o el proceso identitario que él vive se ajusta a esa manera de ser y de pensar. Valores cambiantes, deseos sometidos a la oferta variada del mercado, satisfacción instintiva del deseo que no necesita de una reflexión profunda para encontrar en un acto casi instantáneo la superación del anterior gesto o deseo. De práctica en práctica, el individuo va creando y definiendo su propia identidad. Es una identidad en proceso continuo de construcción, a que el individuo va sumando gestos y respuestas instantáneas redefiniendo su propia lectura de las cosas y de si mismo frente a ellas.

IDENTIDAD Y PATRIMONIO

En ese contexto general a que acabo de referirme, hablar de patrimonio e identidad es de alguna manera hablar de la invención del campo simbólico que hace del individuo un sujeto con una historia, vulnerable y cambiante, claro está, por los tiempos que corren. Y también de dos perspectivas distintas, algo contradictorias, porque el patrimonio echa anclas; la identidad, las desata. Aquél se planta como modelo y patrón de gestos y palabras y símbolos; ésta,

⁴ Zygmunt Bauman, *Modernidad líquida*, Madrid, FCEE, 2002.

se construye, se hace y rehace con el discurso del tiempo y las prácticas del sujeto.

Asimismo, el patrimonio es un espacio colectivo. El tiempo es su flujo. En él se reconocen las generaciones, los gestos y los símbolos. Pertenece a la memoria con la cual se confunde y echa raíces, mientras la identidad se construye en base a una experiencia que en el acto de realizarse reestructura todos los elementos de su campo simbólico. Es un acto individual que se reconoce como propio y se asume en el acto mismo de realizarse. Por consiguiente, el gesto identitario es el propio gesto de reconstrucción del individuo al afirmarse como único e inimitable.

Zahondemos un poco más.

Al explorar las relaciones casi instintivas entre patrimonio e identidad, tantas veces pregonadas por los estudios sobre patrimonio, se cae en un vulgar error: el de creer que el patrimonio es un patrón y un modelo al que la identidad recurre para afirmarse. La identidad no es una copia a la que se recurre para afirmarse. Tampoco es un patrón a que acudimos para que nos proporcione los rasgos de una persona o de una manera de ser. Y me viene a la mente la famosa pintura de Velázquez, *Las Meninas*. El pintor se refleja en el cuadro y mira en el espejo el paisaje que pinta. No se identifica con nada, con nadie. Se proyecta en el espacio y en el gesto instantáneo de pintar. Velázquez entra en la escena y hace parte del paisaje. En otras palabras, convive con los personajes la propia vida de la producción de la pintura.

Lo que quiero insinuar es que el pintor entra en el juego de la producción de su propia obra como un actor más de la escena. Y al hacerlo diseña su propia imagen dentro del acto mismo de crear el paisaje. Ahora bien, a eso voy yo con la definición de la identidad. Es en el acto mismo de vivir en grupo que el propio entorno otorga los rasgos de identidad. No lo entrega en forma acabada, sino como un juego de relaciones en que uno se ubica para decirle quién es y decir a los otros quien es el que habla. Y al afirmarse a sí mismo, es decir al identificarse mueve todas las piezas del tablero, las cuales se interrelacionan en el acto. La identidad no es otra cosa.

Entonces, ¿cómo adecuar esa idea a la de patrimonio?

CONSUMO E IDENTIDAD LÍQUIDA

Retomando la expresión de Bauman para caracterizar los gestos contemporáneos que marcan las relaciones entre individuos y grupos – para no hablar de clases – me atrevería a emplearla en un contexto que él no menciona: él de la identidad. Por un lado, en vez de hablar de identidad optaría por hablar de construcción de identidad y en lugar de apuntar hacia modelos o patrones de identidad, mencionaría la idea de consumo, la cual tiene el mérito de designar en forma bastante clara lo que insinuamos con esa imagen, algo imprecisa de «líquido», refiriéndome por cierto a Bauman, una vez más.

Hay varias pistas para entrar en este debate. Y la primera es la que nos señalaron los estudios de Rolando Arellano, o sea los que se dieron cuenta de la emergencia de una clase de consumidores que se ocultaba en los conos de la ciudad de Lima. Bendita idea, extraña también para oídos con tímpanos más sociológicos.⁵ Ahondemos en ello.

Caracterizar una sociedad por los hábitos de consumo es una de las mil y una maneras de establecer un principio de lectura de la realidad social. Sí, por razones de marketing y de estudios de hábitos de mercado, Arellano emplea esa norma, lo que ella le devuelve es una clasificación de los individuos por capacidad de consumo. Y con ello se pueden hacer algunas hipótesis y llegar a conclusiones que están muy lejos de una visión de la sociedad organizada en términos de grupos o de clases, como se suele hacer en los estudios de corte más sociológico. Sin embargo, la perspectiva empleada por Arellano subraya una dimensión que tiene su interés, precisamente cuando se trata de las prácticas turísticas. Me explico.

No está demás llamar la atención para un hecho que algunos estudios sobre las prácticas turísticas subrayaron: la inserción de esas prácticas en una sociedad de consumo, siendo ellas una de sus expresiones más significativas. Entiéndase por ello el desarrollo de ciertas expresiones y hábitos de la sociedad contemporánea que apuntan a un empleo del tiempo con

⁵ Rolando Arellano, *Los estilos de vida en el Perú: Cómo somos y pensamos los peruanos del Siglo XXI*, Lima, CYM, 2000.

espacios de ocio o *no trabajo*, si se quiere. Ese espacio de ocio o *no trabajo* es compensado con actividades que rompen con el uso cotidiano del tiempo, generalmente definido por actividades productivas o relacionadas con los mecanismos de producción de bienes y servicios. Y una de las características de ese mal llamado tiempo libre, es decir *no trabajo* u ocio, es precisamente el consumo, que se traduce por el gesto no productivo y por la satisfacción de deseos o adquisición de bienes efímeros. Pasar unas semanas de playa en Piura y Tumbes es otorgarse un tiempo de ocio o de *no trabajo* que responde a varias exigencias de la vida contemporánea.

Y lo que parece más evidente en los mencionados casos también se da cuando el hombre contemporáneo consume otros tipos de producto y emplea el tiempo de ocio para conocer cosas tan diversas y extrañas como el sitio de Machu Picchu, el Museo de la Huaca de la Luna y el Señor de Sipán. Son gestos que obedecen a una misma lógica de consumo aunque unos sean orientados para la revitalización del cuerpo y descanso del espíritu y los otros para enriquecerse histórica y culturalmente, gestos que también entran, la mayoría de las veces, en la rutina del *no trabajo* u ocio.

PRÁCTICAS TURÍSTICAS EN LOS PROCESOS PATRIMONIALES E IDENTITARIOS

De las premisas enunciadas, resulta quizá más comprensible lo que las prácticas turísticas insinúan en los procesos contemporáneos de construcción de la identidad y del patrimonio. Las prácticas turísticas no se llevan a cabo en los mismos términos en los dos campos, patrimonio o identidad. Quedará, sin duda, claro, desde el inicio, que cuando se trata de identidad se trata de procesos y no de modelos o patrones a que el individuo adhiere. Y en el caso del patrimonio, las prácticas turísticas son actos de consumo guiados por la presencia de objetos y de símbolos que nos refieren a experiencias históricas, colectivas o individuales. No hay un proceso de construcción de corte psicológico en el patrimonio como el que existe en la identidad. Repito: el patrimonio puede ser un espacio de consumo, mientras la identidad emplea el entorno de la experiencia individual para definirse y reinterpretarse a si misma. No es consumista. Ahí está la gran diferencia entre los dos.

Zahondemos el asunto.

En lo que atañe al patrimonio, esto es a la memoria que expresa gestos, sugiere actitudes y maneras de ser relacionadas con experiencias históricas de grupos o individuos, las prácticas turísticas le dan vida y los transforman en actos de percepción y conocimiento de una época, de un lugar o de una experiencia vivida por un individuo o por un grupo. La mirada turística las asume y trata de comprender lo que ocurrió imaginando con los elementos que quedan el lugar y modos de ser de la gente o lo que ellos representan en la evolución de la Humanidad. En lo que se refiere al espacio identitario, la construcción o proceso a que he hecho referencia, moviliza diferentes recursos y acoge distintas sugerencias del entorno psicológico. En vez de consumir, la identidad metaboliza el entorno para recrear a cada instante su propia imagen y manera de ser. Las prácticas turísticas en este caso, pueden ser instrumentos que ayudan a la construcción de un yo que echa mano de las circunstancias para rehacerse y dar continuidad y energía al proceso identitario.

Referencias

- Arellano, R. (2000). *Los estilos de vida en el Perú: Cómo somos y pensamos los peruanos del Siglo XXI*, Lima, CYM.
- Bauman, Z. (2002). *Modernidad líquida*, Madrid, FCEE.
- De Pierre, N. (1997). *Sous la dir. Lieux de mémoire, I-II-III*, Paris, Gallimard.
- Detienne, M. (2002). *L'identité nationale. Une énigme*, Paris, Gallimard.